

rar, examinar por sí mismos los diversos cultos que se siguen. Entonces adiós oficios, artes, ciencias humanas y todas las ocupaciones civiles: ya no puede haber otro estudio que el de la religión; a duras penas el que haya disfrutado de más robusta salud, empleado más bien el tiempo, hecho mejor uso de su razón y vivido más años, sabrá, cuando sea viejo, a qué se ha de atener, y mucho será si antes de su muerte aprende en qué culto hubiera debido vivir.

»¿Queréis mitigar este método y dar cabida, por pequeña que sea, a la autoridad de los hombres? Al punto se lo restituís todo, y si obra bien el hijo de un cristiano, que sin un profundo examen sigue la religión de su padre, ¿por qué ha de obrar mal el hijo de un turco que igualmente sigue la religión del suyo? ¿Cuántos son en Roma muy buenos católicos, que por la misma razón serían muy buenos musulmanes si hubiesen nacido en la Meca! ¡Y recíprocamente, cuántos sujetos honrados son muy buenos turcos en Asia, que serían muy buenos cristianos en nuestro país! Desafío a todos los intolerantes del mundo a que respondan a esto, de manera que satisfaga a un hombre de juicio.

»Estrechados por estas razones, prefieren los unos hacer injusto a Dios, y castigar a los inocentes por el pecado de su padre, antes que renunciar de su inhumano dogma; los otros se zafan de la dificultad despachando oficiosamente a un ángel para que instruya a todo aquél que en una invencible ignorancia hubiere vivido moralmente bien. ¡Qué donosa invención la de este ángel! No contentos con esclavizarnos a sus máquinas, ponen a Dios en la necesidad de usarlas.

»Ved, hijo mío, a qué absurdos conducen la soberbia y la intolerancia, cuando quiere cada uno sostener su idea y tener más razón que lo restante del linaje humano. Pongo por testigo a este Dios de paz que

adoro y que os anuncio, de que han sido sinceras todas mis investigaciones; mas viendo que eran y siempre serían sin fruto, y que me engolfaba en un mar sin orillas, he vuelto atrás y he estrechado mi fe en mis primitivas nociones. Nunca he podido creer que me mandara Dios, so pena del infierno, saber tanto. Así que he encerrado todos mis libros. Uno solo hay abierto a los ojos de todos, que es el de la Naturaleza, y en este grande y sublime libro aprendo a servir y a adorar a su divino autor. Ninguno tiene disculpa si no lo lee, porque habla una lengua inteligible para todos. Aun cuando hubiera yo nacido en una isla desierta y no hubiese visto a ningún otro hombre, ni nunca me hubiesen dicho lo que antiguamente sucedió en un rincón del mundo; si ejercito mi razón, si la cultivo, si hago buen uso de las facultades inmediatas que me da Dios, por mí mismo aprenderé a conocerle, a amarle, a amar sus obras, a querer el bien que quiere él, y a desempeñar por complacerle todas mis obligaciones en la tierra. ¿Qué otra cosa más me enseñará todo el saber de los mortales?

»En cuanto a la revelación, si yo discurriese mejor o fuese más instruído, acaso vería su verdad y su utilidad para los que tienen la dicha de reconocerla; pero si hallo en su favor pruebas que no puedo rebatir, veo también objeciones que no puedo resolver. Tantas razones sólidas hay en favor y en contra que, no sabiendo a qué determinarme, ni la admito ni la desecho; sólo rechazo la obligación de reconocerla para salvarse, porque esta pretendida obligación es incompatible con la justicia de Dios y, lejos de remover así los estorbos para la salvación, los hubiera multiplicado y hecho insuperables para la mayor parte del género humano. Exceptuado este punto, permanezco en una respetuosa duda. No tengo la presun-

ción de reputarme infalible: otros han podido decidir lo que me parece indeciso; yo discurro por mí, no por ellos; ni los vitupero ni los imito; mejor que el mío puede ser su juicio, pero no es culpa mía el pensar de otro modo.

»Confiésoos, por otra parte, que la sanidad del Evangelio es un argumento que habla a mi corazón y que sentiría hallar alguna verdadera objeción en contra suya. Ved los libros de los filósofos con toda su pompa: ¡cuán mezquinos son junto a éste! ¿Es posible que un libro tan sencillo y tan sublime sea obra de hombres? ¿Es posible que aquél cuya historia cuenta no sea más que un hombre? ¿Es ese el tono de un entusiasta o de un ambicioso sectario? ¡Qué blandura, qué pureza en sus costumbres! ¡Qué tierna gracia en sus instrucciones! ¡Qué elevación en sus máximas! ¡Qué profunda sabiduría en sus razonamientos! ¡Qué sagacidad y qué tino en sus respuestas! ¡Qué imperio en sus pasiones! ¿Dónde está el hombre, dónde el sabio que sabe obrar, padecer y morir sin flaqueza ni ostentación? Cuando pinta Platón un justo imaginario (20), cubierto de todo el oprobio del delito y acreedor a todas las recompensas de la virtud, retrata punto por punto a Jesucristo; tan de bulto es la semejanza que la han visto todos los padres, y no es posible engañarse. ¡Qué preocupaciones, qué obcecación o qué mala fe ha de tener quien se atreva a comparar al hijo de Sofronisco con el hijo de María! ¡Qué distancia del uno al otro! Sócrates muriendo sin dolor, sin ignominia, sostuvo fácilmente hasta el fin su papel, y si esta fácil muerte no hubiera honrado su vida, creeríamos tal vez que con todo su talento no fue Sócrates otra cosa que un sofista. Dicen que inventó la moral, pero

(20) *De Republic.*, lib. I.

otros la habían practicado antes que él: no hizo más que poner en lecciones sus ejemplos. Justo había sido Aristides antes que hubiera dicho Sócrates qué cosa era la justicia; Leónidas había muerto por su país, antes que Sócrates hubiera dictado como una obligación el amor de la patria; sobria era Esparta, antes que Sócrates hubiera alabado la sobriedad; antes que hubiera definido la virtud, Grecia abundaba en varones virtuosos. ¿Pero dónde había aprendido Jesús aquella pura y elevada moral, cuyo ejemplo y lecciones sólo Él ha dado? (21). En el seno del más furioso fanatismo, se hizo escuchar la más alta sabiduría, y la sencillez de las virtudes más nobles honró al más vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, es la más suave que pueda desearse; la de Jesús, expirando en los suplicios, afrentado, escarnecido, maldito por un pueblo entero, es la más horrible que sea dable temer. Sócrates tomando la copa envenenada, bendice al que con lágrimas se la presenta; Jesús, en medio de un suplicio horroroso, ruega por sus encarnizados verdugos. Si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y muerte de Jesús son de un Dios (22). ¿Diremos que es inventada la historia del Evangelio? Amigo mío, nadie inventa así, y los hechos de Sócrates, que ninguno pone en duda, están menos comprobados que los de Jesucristo. En realidad, esto es desviar la dificultad sin destruirla; más incomprensible sería

(21) En el «Sermón de la montaña» véase el paralelo que hace de su moral con la de Moisés.—MAT., cap. V, págs. 25 y siguientes.

(22) Este es uno de los pasajes que más iras provocaron contra el autor. Voltaire decía: Yo quiero morir mejor que como un hombre.—R. U.

que cuatro (23) hombres hubiesen escrito este libro de común acuerdo, que el que uno solo haya dado materia para él. Nunca hubieran imaginado unos autores judíos ni aquel estilo ni aquella moral, y el Evangelio presenta caracteres de verdad tan grandes, tan de relieve, tan perfectamente inimitables, que aun sería el inventor más admirable que el héroe. A pesar de todo, este mismo Evangelio está lleno de cosas increíbles, que repugnan a la razón y que no es posible que conciba ni que admita ningún hombre de criterio. ¿Qué se ha de hacer en medio de todas estas contradicciones? Ser siempre circunspecto y modesto, hijo mío; respetar en silencio lo que no podemos ni desechar ni comprender, y humillarnos en presencia del gran Sér que es el único que sabe la verdad.

Este es el involuntario escepticismo en que me he quedado; pero no es un escepticismo en manera alguna penoso, porque no se extiende a los puntos esenciales en la práctica, y porque ya estoy decidido acerca de los principios de todas mis obligaciones. Sirvo a Dios en la sencillez de mi corazón, y no procuro saber más que lo que importa para mi conducta. En cuanto a los dogmas que ni en las acciones ni en la moral influyen, y que tantos se atormentan por escudriñar, no me tomo afán por ellos. Todas las religiones particulares las miro como otras tantas instituciones saludables que en cada país prescriben un modo uniforme

(23) En varias ediciones dice *plurieurs*: muchos—Rousseau añade como nota, sin embargo:

«No cuento más, porque sus cuatro libros son las únicas vidas de Jesucristo que nos han quedado de las muchas que se escribieron».

Rousseau sabía, con todo, que esto no es exacto. ¿Y los llamados Apócrifos?—R. U.

de honrar a Dios con un culto público, y pueden todas tener sus motivos en el clima, el gobierno y la índole del pueblo, o en alguna otra causa local que haga la una preferible a la otra, según los tiempos y lugares. Todas las creo buenas, cuando en ellas se sirve a Dios como conviene. El culto esencial es el del corazón; Dios no desecha su homenaje, cuando es sincero, sea cual fuere la forma en que se le ofrezca. Llamado en la que profeso al servicio de la iglesia, desempeño con toda la posible exactitud las funciones que se me prescriben, y me remordería la conciencia si faltara voluntariamente a ellas en un punto. Después de una dilatada suspensión, sabéis que por la mediación de una persona influyente alcancé licencia de volver al ejercicio de mis funciones, para ayudarme a ganar la vida. En otro tiempo decía misa con la ligereza a que se acostumbra uno, aun en las cosas más graves, cuando las hace con mucha frecuencia; desde mis nuevos principios la celebro con más veneración: me lleno de la majestad del Sér Supremo, de su presencia, de la insuficiencia del espíritu humano que tan poco concibe lo que tiene referencia con su autor. Considerando que le presento las preces del pueblo en una forma prescrita, sigo con escrupulosidad todos los ritos, recito con atención, me cuido de no omitir nunca la menor palabra ni la menor ceremonia: cuando se acerca el instante de la consagración, me recojo para hacerla con todas las disposiciones que requieren la Iglesia y la grandeza del sacramento; procuro anonadar mi razón ante la inteligencia suprema, y digo en mí: ¿Quién eres tú para medir el poder infinito? Pronuncio con respeto las palabras sacramentales y doy a su eficacia cuanto fe de mí pende. Sea lo que fuere este incomprendible misterio, no temo ser castigado el día del juicio por haberle nunca profanado en mi corazón.

»Honrado con el sagrado ministerio, aunque en la última clase, no haré ni diré nunca cosa alguna que me haga indigno de desempeñar sus obligaciones sublimes; predicaré siempre la virtud a los hombres, los exhortaré a que obren bien y, mientras pueda, les daré el ejemplo. No quedará por mí el hacer que amen la religión, ni el confirmar su fe en los dogmas verdaderamente útiles y que están obligados todos a creer; pero no permita Dios que les inculque nunca el cruel dogma de la intolerancia, ni los incite a detestar a su prójimo y a decir a otros hombres: Estáis condenados (24). Si me hallara en un puesto más elevado, tal vez pudiera esta reserva acarrearle malas consecuencias; pero soy muy humilde para tener gran cosa que temer, y no puedo caer mucho más bajo de donde estoy. En cualquier evento, no blasfemaré contra la divina justicia, ni mentiré contra el Espíritu Santo.

»Mucho tiempo he tenido la ambición de ser honrado con un curato; todavía la tengo, mas ya no lo espero. ¡Oh, buen amigo mío! No encuentro cargo más hermoso que el de cura. Un buen cura es un ministro de bondad, como un buen magistrado un ministro de justicia. Un cura nunca tiene que hacer mal; si no puede siempre hacer bien por sí propio, siempre le pertenece el solicitarle, y muchas veces le alcanza cuando se

(24) La obligación de seguir y amar la religión de su país no se extiende hasta los dogmas contrarios a la sana moral, como el de la intolerancia. Este horrible dogma es el que arma a los hombres unos contra otros, haciéndolos a todos enemigos del género humano. La distinción entre la tolerancia civil y teológica es pueril y vana; estas dos tolerancias son inseparables, y no es posible admitir una sin otra. Ni aun los ángeles vivirían en paz con hombres que mirasen como enemigos de Dios.

sabe dar a respetar. ¡Oh! Si me dieran un pobre curato de buenos aldeanos en una de nuestras montañas, sería feliz, porque me parece que haría felices a mis feligreses. No los haría ricos, pero entraría a la parte de su pobreza; les quitaría la ignominia y el menosprecio que son más inaguantables que la indigencia. Les haría que amasen la concordia y la igualdad, que a veces repelen la miseria y siempre la hacen tolerable. Cuando vieses que en nada lo pasaba yo mejor que ellos, y que, no obstante, vivía contento, aprenderían a consolarse de su suerte y a vivir contentos como yo. En mis pláticas, menos me adheriría al espíritu de la Iglesia que al del Evangelio, donde el dogma es sencillo y la moral sublime, donde se ven pocas prácticas de religión y muchas obras de caridad. Antes de enseñarles lo que se debe hacer siempre, me esforzaría en practicarlo, para que se convenciesen de que pensaba todo cuanto les dijese. Si tuviese protestantes en mis inmediaciones o en mi parroquia, no los distinguiría de mis verdaderos feligreses en cuanto respecta a la caridad cristiana; los persuadiría a todos igualmente que se amasen unos a otros, que se considerasen como hermanos, que respetasen todas las religiones y que viviesen en paz cada uno en la suya. Creo que excitar a uno a que abandone aquélla en que nació, es incitarle a que obre mal y, por consiguiente, obrar mal uno propio. Mientras no tengamos luces más claras, mantengamos el orden público, respetemos las leyes en todo país, no perturbemos el culto que prescriben, no incitemos a los ciudadanos a la inobediencia; porque no sabemos de positivo si es un bien para ellos el dejar sus opiniones por otras, y sabemos con toda seguridad que es un mal desobedecer a las leyes.

»Acabo, querido joven, de decirte mi profesión de

fe, como la lee Dios en mi corazón: sois el primero a quien se la he hecho y acaso el único a quien se la haré en mi vida. Mientras subsista alguna buena creencia entre los hombres, no se han de perturbar los ánimos serenos, ni sobresaltar la fe de los sencillos con dificultades que no puedan resolver y que los inquieten sin alumbrarlos; mas cuando todo está resentido, debemos conservar el tronco a costa de las ramas. Las conciencias agitadas, inciertas, casi apagadas y en el estado en que he visto la vuestra, necesitan que las fortifiquen y las despierten, y, para restablecerlas sobre la base de las eternas verdades, es necesario acabar de arrancar los postes que bambolean y en que todavía creen encontrar apoyo.

»Estáis en la edad crítica en que el entendimiento da cabida a la certidumbre, en que adquiere su forma y su carácter el corazón, y en que se determina uno para toda la vida, sea para lo bueno, sea para lo malo. Más tarde se ha endurecido la substancia y ya no recibe impresiones nuevas. Mancebo, recibid en vuestra alma, flexible todavía, el sello de la verdad. Si estuviere más seguro de mí mismo, hubiera usado con vos un estilo dogmático y decisivo; pero soy hombre, ignorante, expuesto a error: ¿qué podía hacer? Os he manifestado sin rebozo mi corazón; lo que tengo por cierto os lo he presentado como tal; como dudas mis dudas, y como opiniones mis opiniones; os he dicho mis razones para dudar y para creer: ahora toca a vos decidir. Os habéis tomado tiempo; precaución cuerda que me hace formar buena idea de vos. Poned primero vuestra conciencia en estado de que quiera que la iluminen: sed sincero con vos mismo; tomad de mi opinión lo que os haya persuadido y desechad lo demás. Aun no os ha depravado tanto el vicio que corráis riesgo en escoger. Os propondría que confere-

ciáramos entre los dos, pero el que disputa se exalta; en la argumentación se introducen la vanidad y la obstinación y no hay buena fe. Amigo mío, no disputéis nunca, porque en la disputa ni se ilustra uno, ni ilustra a los demás. Yo no me he resuelto hasta después de meditar largos años, y me atengo a mi resolución; mi conciencia está serena y mi corazón satisfecho. Si quisiera volver a entablar nuevo examen de mi sentir, no le emprendería con más puro amor de la verdad, y ya menos activo mi espíritu no estaría tan apto para conocerla. Me quedaré como estoy, no sea que convirtiéndose insensiblemente el gusto a la contemplación en pasión ociosa, me entibie en el ejercicio de mis obligaciones, o que recaiga en mi pironismo primero, sin encontrar fuerzas para salir de él. Más de la mitad de mi vida ha pasado ya; sólo me queda el tiempo necesario para aprovechar lo restante de ella y borrar mis yerros con mis virtudes. Si me engaño, es contra mi voluntad. Bien sabe el que lee en lo íntimo de mi corazón que no estoy apegado a mi ceguedad. No pudiendo desecharla por mis propias luces, el único medio que me queda para salir de ella es una buena vida, y, si de las piedras mismas puede Dios formarle hijos a Abraham, todo hombre tiene derecho para esperar que será iluminado con tal que se haga merecedor.

»Si os persuaden mis reflexiones a que penséis como yo, a adoptar mi modo de sentir y a que tengamos la misma profesión de fe, escuchad el consejo que os doy. No expongáis de nuevo vuestra vida a las tentaciones de la miseria y la desesperación; no la dejéis arrastrar con ignominia a merced de los extranjerros, y cesad de comer el vil pan de la limosna. Tornáos a vuestra patria; reconciliaos con la religión de vuestros padres; seguidla con ánimo sincero y no la abandonéis nunca;

es muy sencilla y muy santa, y, entre todas las religiones de la tierra, creo es la que tiene una moral más pura y que más satisface la razón. No os apuren los gastos del viaje, que se os facilitarán. No temáis tampoco el escrúpulo de un arrepentimiento vergonzoso; el cometer la culpa debe causar sonrojo, no el repararla. Todavía estáis en la edad en que se perdona todo, pero en que ya no se peca impunemente. Cuando queráis dar oídos a vuestra conciencia, mil obstáculos vanos desvanecerán su grito. Reconoceréis que en la incertidumbre en que vivimos es presunción que no tiene disculpa profesar otra religión que aquella en que uno ha nacido, y falsía no practicar con sinceridad la que uno profesa. Si nos extraviamos nos quitamos una poderosa disculpa delante del tribunal del soberano juez. ¿No perdonará más bien el error en que uno fue criado, que al que se atrevió a escoger por sí propio?

»Hijo mío, conservad vuestra alma en situación de desear siempre que haya un Dios, y nunca lo dudareis. En cuanto a lo demás, sea cual fuere la resolución que toméis, penetraos bien de que las verdaderas obligaciones de la religión son independientes de las instituciones humanas; de que el verdadero templo de la Divinidad es el pecho del justo; de que en todo país y toda secta se cifra el sumario de la ley en amar a Dios sobre todas las cosas y a su prójimo como a sí mismo; de que no hay religión que dispense de las obligaciones de la moral, pues son las únicas verdaderamente esenciales; de que la primera de estas obligaciones es el culto interno, y de que sin la fe no existe ninguna verdadera virtud.

»Huid de aquéllos que, con pretexto de explicar la Naturaleza, siembran en los corazones humanos desconsoladoras doctrinas, y cuyo aparente escepticismo

es cien veces más afirmativo y dogmático que el estilo decisivo de sus contrarios. Con el arrogante pretexto de que ellos solos son ilustrados, sinceros y de buena fe, imperiosamente nos sujetan a sus tajantes decisiones, y pretenden darnos por principios verdaderos de las cosas los ininteligibles sistemas que se han forjado en su imaginación. Por lo demás, derribando, destruyendo, hollando a sus plantas todo cuanto respetan los hombres, privan a los afligidos del último consuelo de su miseria; quitan a los ricos y a los potentados el único freno de sus pasiones; desarraigan de los corazones el remordimiento del delito, la esperanza de la virtud y todavía se alaban de ser los bienhechores del género humano. Dicen que la verdad nunca es perniciosa a los hombres; lo creo así, como ellos, y a mi entender eso es una prueba decisiva de que no es la verdad lo que enseñan (25).

*Bayle*  
 (25) Ambos partidos se acometen recíprocamente con tantos sofismas, que fuera empresa tan inmensa como temeraria querer rebatirlos todos; basta con notar algunos al paso que se van ofreciendo. Uno de los más frecuentes del partido filosofista es oponer un supuesto pueblo de buenos filósofos a uno de malos cristianos: como si fuera más fácil hacer un pueblo de verdaderos filósofos que de cristianos verdaderos. No sé si entre los individuos es más fácil hallar uno que otro; pero bien sé que, en tratándose de pueblos, se ha de suponer que abusarán de la filosofía sin religión, como abusan los nuestros de la religión sin filosofía, y me parece que esto hace variar mucho el estado de la cuestión.

Bayle probó muy bien que es más pernicioso el fanatismo que el ateísmo, y eso es indisputable; pero lo que se guardó de decir, aunque no sea menos cierto, es que el fanatismo, si bien cruel y sanguinario, es una grande y vehemente pasión que exalta el corazón humano, le hace des-

» Querido joven, sed sincero y verídico sin arrogancia; sabed ser ignorante y no engañaréis ni a vos ni a los demás. Si un día la cultura de vuestro talento os pone en estado de hablar con los hombres, habladles siempre conforme a vuestra conciencia, sin cuidaros de sus aplausos. El abuso del saber engendra la incredulidad. Todo sabio desdeña la opinión vulgar; cada uno de ellos quiere tener la suya propia. La soberbia

precia la muerte, le comunica una portentosa elasticidad, y que, sabiendo darle buena dirección, se sacan de él las virtudes más sublimes, mientras que la irreligión, y generalmente el espíritu silogístico y filosófico, apega a la vida, afemina y envilece los ánimos, reconcentra todas las pasiones en la baja del interés personal y en el envilecimiento del *yo* humano, y sordamente desmorona los verdaderos cimientos de toda sociedad; porque los intereses particulares se uniforman en tan pocas cosas, que nunca podrán contrapesar aquéllas en que se oponen.

Si el ateísmo no hace verter la sangre de los hombres, no tanto es por amor de la paz como por indiferencia con lo bueno: de cualquier modo que vayan las cosas, le importa poco al pretendido sabio, con tal que le dejen quieto en su gabinete. Sus principios no hacen que se maten los hombres; pero estorban que nazcan, estragando las costumbres que los multiplican, desprendiéndolos de su especie, reduciendo todas sus afecciones a un secreto egoísmo, no menos funesto para la población que para la virtud. La indiferencia filosófica se parece a la tranquilidad del Estado bajo el despotismo, que es la tranquilidad de la muerte, más destructora que la misma guerra.

De manera que el fanatismo, aunque más fatal en sus inmediatos efectos que lo que hoy llaman espíritu filosófico, en sus consecuencias lo es mucho menos. Por otra parte, fácil es hacer alarde de hermosas máximas en los libros; pero consiste la dificultad en saber si están acordes con la doctrina, si de ella necesariamente derivan, y eso hasta aquí no

filosofía para en el espíritu fuerte, como la ciega devoción en el fanatismo. Evitad ambos extremos; permaneced siempre firme en el camino de la verdad o de lo que os parezca que lo es en la sencillez de vuestro corazón, sin nunca desviaros de ella por vanidad o por flaqueza. Atreveos a confesar a Dios entre los filósofos, y a predicar la humanidad a los intolerantes. Os hallaréis solo en vuestro partido, mas con vos

aparece claro. Falta saber también si imperando la filosofía enfrenaría la vanagloria, el interés, la ambición, las mezquinas pasiones humanas, y si ejercería esa tan suave humanidad que nos ofrece por escrito.

Por sus principios no puede la filosofía hacer bien ninguno que no le haga mejor todavía la religión, y ésta hace mucho que no puede hacer la filosofía.

Por la práctica es muy distinto, pero también aquí es menester examinar. Ninguno sigue puntualmente su religión cuando la tiene; eso es cierto: los más no la tienen, y no siguen en cosa ninguna la que tienen: también eso es cierto; pero, en fin, algunos la tienen y la siguen, al menos en parte, y es indudable que por motivos de religión se retraen con frecuencia de obrar mal, ejercitan virtudes y hacen acciones loables, que sin estos motivos no hubieran realizado.

Si un fraile niega un depósito, ¿qué se infiere, sino que se le confió un tonto? Si le hubiera negado Pascal, probaría eso que era Pascal un hipócrita, y nada más. Pero un fraile!... ¿Son acaso las personas que trafican con la religión las que la tienen? Todos los delitos que comete el clero, como los que cometen otros, no prueban que la religión sea inútil, sino que son muy contados los que tienen religión.

Nuestros gobiernos modernos indisputablemente deben a la religión que su autoridad sea más sólida y menos frecuentes las revoluciones, y ellos son también por aquélla menos sanguinarios; lo cual se prueba comparándolos con los gobiernos antiguos. Mejor conocida la religión, ha des-

mismo llevaréis un testimonio que os dispensará del de los hombres. Ora os amen, ora os aborrezcan, ora lean o desprecien vuestros escritos, nada importa. Decid lo que sea verdadero, haced lo que sea bueno; lo que al hombre importa es cumplir con sus obligaciones en la tierra, olvidándose de si trabaja para sí. Hijo mío, el interés particular nos engaña, pero la esperanza del justo no engaña jamás».

cartado el fanatismo suavizando más las costumbres cristianas. Esta mudanza no es obra de las letras, porque no en todas partes donde éstas han brillado ha sido más respetada la Humanidad; certificándolo las crueldades de los atenienses, los egipcios, los emperadores de Roma y los chinos. ¡Cuántas obras de misericordia se deben al Evangelio! ¡Cuántas restituciones y reparaciones produce la confesión en los países católicos! En los protestantes, ¡cuántas reconciliaciones y limosnas se hacen cuando se acerca el tiempo de comulgar! ¡Cuán menos codiciosos hacía a los usurpadores el jubileo de los hebreos! ¡Cuántas miserias precavía! La fraternidad legal unía la nación entera, y no se veía entre ellos un mendigo. Tampoco se ve uno entre los turcos, donde hay innumerables fundaciones piadosas, siendo, por principio de religión, hospitalarios hasta con los enemigos de su culto.

Los mahometanos, según Chardin, dicen: «que después del examen que ha de seguirse a la resurrección universal, pasarán todos los cuerpos por un puente llamado Pul-Serrho, que atraviesa el fuego eterno; puente que miran como el tercero y postrer examen, y el verdadero juicio final, porque allí es donde se ha de hacer la separación de los buenos y los malos, etc.»

» Los persas, continúa Chardin, tienen la fantasía tan ocupada con este puente, que cuando a alguno le hacen un agravio del que en manera alguna puede alcanzar justicia, su consuelo es decir: Te juro por el Dios vivo, que me lo pagarás doble el postrer día, y que no pasarás el Pul-Serrho

He trasladado este escrito, no como regla de lo que se debe opinar en materia de religión, sino como un ejemplo del modo como es posible discurrir con su alumno para no apartarse del método que he procurado establecer. Si no queremos ceder a la autoridad de los hombres ni a las preocupaciones del país donde hemos nacido, las meras luces de la razón no pueden,

sin darme antes satisfacción; me agarraré a las faldas de tu vestido y me enredaré entre tus piernas. A muchos personajes eminentes y de todas profesiones he visto que, con el temor de que les estorbasen el paso de este terrible puente, rogaban a los que se quejaban de ellos que les perdonasen, y a mí propio me ha sucedido cien veces lo mismo. Personas de mucha suposición, que a fuerza de importunidades me habían obligado a que hiciera cosas contra mi voluntad, me buscaban cuando creían que ya se me había pasado el enojo, y me decían: *Halal becon hantchrisra*, que quiere decir *hazme este negocio lícito o justo*. Algunos me han enviado regalos y hecho servicios para que los perdonase, declarando que lo hacía de buena voluntad, y no es otra la causa que la creencia en que están de que no han de pasar el puente del infierno sin satisfacer hasta el postrer maravedí a los que hayan oprimido».—Tomo VII, en 12, pág. 50.

¿He de presumir que la idea de este puente que tantos males repara no evita alguno? Y si quitasen a los persas esta idea, persuadiéndoles a que no hay ni Pul-Serrho, ni cosa semejante, donde después de la muerte se vengan los oprimidos de sus tiranos, ¿no es claro que esto los dejaría muy a sus anchuras y los libraría del afán de apaciguar a estos desventurados? Luego esa negación sería perjudicial y, por consiguiente, contraria a la verdad.

Filósofo; tus leyes morales son muy hermosas, pero muéstrame la sanción de ellas. Déjate por un rato de hablar al aire, y dime, sin rodeos, con qué quieres sustituir al Pul-Serrho.

en el estado de la Naturaleza, llevarnos más que a la religión natural, y a ésta me ciño con mi Emilio. Si ha de tener otra, no me creo con derecho a ser su guía en esta parte; a él solo toca escogerla.

Trabajamos concertándonos con la Naturaleza, y, mientras que ésta forme el hombre físico, formamos nosotros el hombre moral; pero no son iguales nuestros adelantamientos. Ya el cuerpo es fuerte y robusto cuando el alma es todavía endeble y flaca y, por más que el arte humano se afane, siempre el temperamento antecede a la razón. Hasta aquí todo nuestro esmero lo hemos puesto en refrenar el uno y excitar la otra, para que el hombre fuese siempre el mismo, en lo posible. Desenvolvendo su índole hemos ofuscado su naciente sensibilidad y la hemos regulado cultivando su razón. Los objetos intelectuales moderaban la impresión de los objetos sensibles. Subiendo al principio de las cosas, le hemos zafado del imperio de los sentidos; muy sencillo era encumbrarse desde el estudio de la Naturaleza a la investigación de su Hacedor.

Cuando hemos llegado aquí, ¡qué de nuevos asideros tenemos en nuestro alumno! ¡Cuántos medios nuevos de hablar a su corazón! Entonces si que halla su verdadero interés en ser bueno, en obrar muy lejos de la vista de los hombres y sin que a ellos le fueren las leyes; en ser justo entre Dios y él, en cumplir con su obligación, aun a costa de su vida, y en llevar en su corazón estampada la virtud, no sólo por el amor del orden, al cual siempre prefiere cada uno el amor de sí mismo, sino por el amor del autor de su sér, amor que se confunde con este mismo amor de sí; para disfrutar al fin de la felicidad duradera que, después de haber hecho buen uso de esta vida, le prometen en la otra la serenidad de una buena conciencia y la contempla-

ción del Sér Supremo. Sálgase de aquí, y sólo veo injusticia, hipocresía y mentira entre los hombres: el interés personal, que en la concurrencia puede necesariamente más que todas las cosas, enseña a cada uno a disfrazar el vicio con máscara de virtud. Labren todos los demás hombres el bien mío a costa del suyo; refiérase todo a mí solo; perezca, si es menester, el linaje humano en la pena y la miseria por ahorrarme un momento de hambre y dolor: este es el idioma interior de todo incrédulo que discurre. Sí, lo sustentaré toda mi vida; cualquiera que en su corazón ha dicho: «No hay Dios», y habla de otro modo, es un mentiroso o un insensato.

Lector, en balde me afano; bien veo que vos y yo nunca veremos a mi Emilio bajo el mismo aspecto; siempre os le figuraréis semejante a vuestros mozos, atolondrado siempre, petulante, veleidoso, vagando de fiesta en fiesta, de diversión en diversión, sin poder fijarse nunca en nada, y os reiréis de ver que le presento yo como un contemplativo, un filósofo, un verdadero teólogo, en vez de un mancebo ardiente, vivo, arrebatado, fogoso, en la más ferviente edad de la vida. Diréis: este soñador siempre sigue con su fantástica imagen; cuando nos da un alumno a su manera, no sólo le forma, sino que le crea, le saca de su cerebro, y creído de que sigue sin cesar la Naturaleza, se aparta de ella a cada momento. Siempre que comparo a mi alumno con los vuestros, apenas hallo nada en qué puedan semejarse. Criado de tan distinto modo, es casi un milagro si en algo se les parece. Como ha pasado su niñez con toda la libertad que se toman ellos en su juventud, en ésta empieza a seguir la regla a que sujetaron a los otros cuando eran niños: esta regla para ellos es un azote; le cogen horror y no ven más en ella que la dilatada tiranía de los maestros; no